

JAVIER
PÉREZ CAMPOS

ESTÁN AQUÍ.
SON

**LOS
OTROS**

Nos acompañan. Nos guían.
Nos observan.

JAVIER
PÉREZ CAMPOS

**LOS
OTROS**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Javier Pérez Campos, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Autor representado por Silvia Bastos, S. L., Agencia Literaria

Fotografías del interior: © Cortesía de Archivo CAEAP, Cortesía © W. Streitberger.

Thüringisches Landesamt für Denkmalpflege und Archäologie, © Erich Lessing / Album, AESA, © Lario Tus – Shutterstock, igda, akg-images – Album, Kathy de Witt / Lebrecht Music & Arts / Album, © N. Cirani / DEA / Album, Annaïs Pascual, José Luis Hermida, Nacho Ares, «El rey de la luna y su gente. Pintura rupestre. Fotografía de Robenius-Institut an der Johann Wolfgang Goethe-Universität, Frankfurt, Alemania. Cortesía del profesor Eike Haberland» (pp. 66 y 68) y © archivo del autor

Diseño de interior: Diego Carrillo

Ilustración de guardas y de las páginas 45, 78,-79 y 120: Diego Carrillo

Primera edición: octubre de 2016

Depósito legal: B. 17.621-2016

ISBN: 978-84-08-16157-8

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Unigraf

Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

Prólogo, por Carmen Porter, 17

Introducción, 19

PRIMERA PARTE

LA LLEGADA DE LOS OTROS

1. La cueva de los retornados 25

La sala de los cráneos, 30

Descenso a Riocueva, 32

Un terror ancestral, 34

Mi encuentro con los revenants, 37

El enigma de las sepulturas anómalas, 40

El fantasma del museo, 43

2. Encuentro con un difunto 47

Un viejo correo, 50

El encuentro con Gabriel, 52

«¿Y si le hubiera tocado?», 55

Los otros retornados, 57

3. La galería de los fantasmas 61

4. En la tierra del no-muerto 73

Medianoche en Transilvania, 76

Cuando los muertos llaman a la puerta, 81

Máscaras en la noche, 85

Krivich, el encorvado, 91

La necrópolis de los retornados, 97

SEGUNDA PARTE

CASAS CON FANTASMA

5. Noche en un hotel encantado 103

- Infierno en Zaragoza, 108
- Un permiso oficial, 111
- ¿Quién se sienta en la cama?, 111
- La reunión, 113
- La imagen de un anciano, 118
- Sombras en el pasillo, 119
- Una llamada a la puerta, 123

6. El nombre de un fantasma 127

- Risas bajo la cama, 129
- La luz de un candil, 135
- El sexto sentido animal, 136
- Escribano de la casa grande, 138
- La casa del tesoro, 144

7. Archivo de aparecidos 147

8. El niño vestido de comunión 157

- La policía busca a un fantasma, 163
- El niño de la catedral, 167
- La muerte del Popeye, 171

9. Una experiencia límite 175

- ¿Quién recorre el edificio?, 178
- El interior del cortijo, 181
- Los muertos piden agua, 183
- Se evaporó como una cortina de humo, 185
- Un incendio sin resolver, 189

10. Las voces de la facultad 191

- Huesos en el claustro, 193

Un coro de niños, 195
La mujer del camisón, 198
La antigua morgue, 203
Un llanto estremecedor, 206

TERCERA PARTE

NOS VISITAN

11. El bosque de los suicidios 213

Fuji, el monte sagrado, 217
Los fantasmas japoneses, 219
Un escenario siniestro, 222
Campamentos para la muerte, 225
Una furgoneta abandonada, 228
Un hallazgo macabro, 230

12. Visiones en el lecho de muerte 233

Un viejo tratado, 239
El arte de morir, 242

13. Una imagen borrosa 247

¿Quién arropa al bebé?, 249
Un niño de otro tiempo, 251
Análisis técnico de un enigma, 252
Sin respuesta, 255
Una docena de casos, 257

14. La policía fue testigo 265

«No quedaron ni huellas», 270
Regreso al túnel de Aiurdin, 275
Un fatídico historial, 276
Avistamiento en el monte Jugatxi, 278

15. Apariciones en la carretera 279

«Aquello se evaporó», 284

Una extraña visión, 287

Los sin nombre, 290

16. Se esfumó dentro del taxi 295

«Ahí me maté yo», 298

Jung y las almas descarriadas, 302

17. Una voz en la noche 307

Un bulto bajo el puente, 311

El enigma de las voces que salvan, 314

Milagro en Utah, 317

Acerca de estar sano en un medio enfermo, 319

18. El fantasma de una niña 321

19. El traje del muerto 329

Atravesado por un fantasma, 335

Miedo al hogar, 336

Investigación en la Casa del Indiano, 338

CUARTA PARTE

CONTACTO CON EL OTRO MUNDO

20. Un informe de la policía 343

Una muerte súbita y sospechosa, 345

Voces sin rostro, 347

Veinte años después, 349

Habla el inspector jefe, 352

Una familia aterrada, 354

Un crucifijo girando, 357

Regreso a Vallecas, 358

21. Ouija: ¿quién habla desde el tablero? 365

- Un oscuro mensaje, 368
- Un improvisado salvavidas, 369
- Siniestros visitantes, 371
- Deuda de sangre, 373
- Un juego peligroso, 376

22. Llamadas del Más Allá 379

- La experiencia de un viejo amigo, 384
- Un accidente en el mar, 385
- «Que os llevéis bien», 388
- «Ya he llegado, estoy bien», 391
- Un puñado de casos, 393

23. Emisarios de otro mundo 397

- El milagro de Navidad, 401
- La visita de Iñasi, 403

24. Morir de miedo 407

- Una tierra aislada, 412
- Más negro que el carbón, 415
- Pánico mortal, 416
- El encuentro de Clementina, 418
- Una enfermedad desconocida, 420
- «Traes la sangre hecha agua», 421
- Un *llorio* inmenso, 422
- El pueblo muerto de Cabaloria, 423
- Muertes psicósomáticas, 424

25. La procesión de difuntos 427

- Los pueblos de la niebla, 431
- Una multitud invisible, 434
- Un rastro de *lume*, 435
- Un estudio sobre fantasmas, 438

«Entre las doce y la una, anda la mala fortuna», 439

«De noche no salía nadie», 442

La sombra del estandarte, 444

Una noche en el bosque, 445

Conclusión. Un camino hacia la luz, 449

Epílogo, por José Miguel Gaona, 453

Agradecimientos, 457

Contacto, 461

1

LA CUEVA DE LOS RETORNADOS

No sería fácil creer que los cuerpos de los muertos abandonasen sus tumbas, vagasen por ahí llevando el terror y la destrucción a los vivos y volvieran de nuevo a ellas, si no fuera porque hay ejemplos ocurridos en nuestra propia época que bastan para acreditar ese hecho, acerca de cuya veracidad existen abundantes testimonios.

WILLIAM OF NEWBURGH,
Historia Rerum Anglicarum (s. XII)

¿ Quién es el siguiente?

La voz de Roberto Ontañón, director de Cuevas de Cantabria, surgió desde la oscuridad más absoluta que se abría a través de un pequeño agujero horadado en la roca. Un hueco de tan pequeñas dimensiones que la mera labor de imaginar el acceso se me antojaba imposible.

Me encontraba en la localidad cántabra de Piélagos, donde en 2003 se produjo un hallazgo tan increíble que haría tambalearse los cimientos de la antropología.

El paraje natural, plagado de helechos, eucaliptos, castaños y robles, hace imposible al forastero encontrar la pequeña abertura en la que, durante siglos, se escondieron los restos de trece individuos que aterrorizaron a la sociedad de su época...

El arqueólogo José Ángel del Hierro, que conocía la cueva a la perfección tras años de estudio, me apartó y se deslizó por la estrecha oquedad con pasmosa agilidad.

Al mirar atrás descubrí que ya no quedaba nadie fuera; solo faltaba yo. Recordé entonces las pautas que Roberto me había dado para el acceso...

Me senté en la tierra húmeda e introduje las piernas por el estrecho orificio. Entonces me tumbé, estiré mis extremidades, clavé las botas en el suelo embarrado y, recogiendo las piernas de nuevo, fui reptando bocarriba hacia las profundidades...

El acceso a la cueva de Las Penas era aún más estrecho de lo que pensaba; tanto que casi podía tocar el techo de piedra con la nariz. A los pocos segundos de adentrarme por el angosto túnel, la oscuridad se hizo absoluta. La pequeña zanja habilitada como acceso siglos

atrás no dejaba entrar la luz del sol. En aquel espacio la temperatura descendía varios grados, la humedad aumentaba bruscamente y el cuerpo notaba el contraste de inmediato, así que empecé a respirar más profundamente.

—*¡Parad!* —gritó José Ángel.

De manera casi automática dejé de reptar por la rampa que parecía descender hasta el Hades. De alguna forma, lo era.

—*Huele a heces de animal.*

Aquello me dejó helado. Solo unos minutos atrás los arqueólogos me habían contado varias anécdotas de compañeros ingresados en el hospital por el ataque de un tejón. Recordé literalmente las palabras de José Ángel: «Un animal muy simpático, hasta que te encuentras con sus zarpas cuando estás casi encajado en el conducto de descenso... Te puede dejar el rostro irreconocible». Yo había sonreído con fingida mueca, creyendo que se trataba de alguna broma interna para asustar al novato de turno. Pero el tono de voz de Roberto no sonaba a broma, y un silencio sepulcral se adueñó del enclave.

Si había algún animal no debíamos hacer ningún ruido. Esa era la única orden ante la remota posibilidad de que sucediera lo que parecía estar ocurriendo en ese momento.

Escuché cómo, unos metros más abajo, los arqueólogos chequeaban el escenario con la tenue luz de los fotóforos que se clavaban en sus frentes. El silencio iba densificándose por momentos.

Permanecí inmóvil durante varios minutos, hasta que la voz de Roberto se abrió paso por el estrecho canal.

—*Parece que no hay peligro, podéis seguir bajando.*

Respiré aliviado y continué reptando. Noté entonces, en medio de aquella oscuridad, que algo se introducía a través de mi camisa. Supuse que debía de tratarse de tierra seca. Pero era algo ligeramente punzante; una sensación similar al roce de una hoja

seca de pequeñas dimensiones. Y ya no la sentía solo en la espalda; también a través del pantalón e, incluso, dentro de las botas. Con el reptar propio del descenso mi ropa se había ido nutriendo de unos elementos tan pequeños como molestos que, al menos, parecían inertes.

La bajada parecía interminable, así que decidí encender la pequeña linterna que llevaba en mi cabeza. Al hacerlo, la roca reflejó primero la luz, causando un ligero destello cegador en aquella densa oscuridad. Cuando mi vista empezó a acostumbrarse, pensé que aún seguía observando pequeñas estrellas negras en medio de la piedra, un efecto propio del fogonazo. Así que los cerré de nuevo con fuerza, pero al volver a abrirlos aquellos puntos negros seguían inundando la roca, a escasos centímetros de mi cara.

No podía creerlo... Se trataba de arañas. Cientos de arañas negras de pequeñas y afiladas patas; algunas en posición de defensa y otras acercándose curiosas, lentamente, hacia la luz. Era como haber entrado en un nido de arácnidos. Cuando intenté sacar de mi camisa uno de esos elementos desconocidos que me causaban tanta molestia, descubrí que se trataba de pequeñas arañas muertas.

Aunque hasta entonces nunca había padecido claustrofobia, en ese momento la oquedad se me hizo más estrecha y empecé a sentirme como intuyo que lo haría un enterrado en vida. La plena conciencia de no poder erguirme para caminar de manera natural y el hecho de tener la nariz casi pegada a una pared plagada de arañas empezaba a generarme una angustiada impotencia.

Mantuve el tipo lo mejor que pude hasta terminar el descenso, donde al fin se abrió un espacio que me permitió sentarme en el suelo. Seguí la maniobra que me habían explicado: primero me puse de rodillas, pasé bajo una pequeña gatera y, al fin, volví a ponerme de pie.

Me encontré entonces frente a un corredor con unas piedras diseminadas por el suelo.

Acababa de penetrar en la guarida de los revenants: los primeros muertos incómodos de la historia, condenados a lo más profundo de una cueva para evitar su regreso.

La sala de los cráneos

Durante largos minutos caminamos hacia las entrañas de la cueva para entender el proceso del extraño rito que aún mantenía en vilo a los historiadores.

- Cuando empezamos a excavar esta cueva —comenzó a contar el arqueólogo José Ángel Hierro— hallamos restos humanos por toda la zona sepulcral. Pero en este lugar en concreto encontramos los que estaban en conexión anatómica. Recuerdo que había uno en decúbito lateral ahí, junto a un hacha.*
- Lo extraño, supongo, es hallar enterramientos dentro de una cueva en esa época —aventuré.*
- Así es. Estamos hablando de los siglos VII y VIII. Es época visigótica, ya se enterraba en cementerios.*

Recordé lo complicado que había sido entrar allí. ¿Cómo hacerlo, además, arrastrando trece cadáveres y, siendo muy optimista, con la única iluminación de un improvisado fuego? Este detalle aparecía incluso referenciado en algunos estudios académicos sobre el hallazgo: «Se trata de una parte de la cueva muy alejada de las dos entradas y a la que no llega la luz del exterior. Además, para acceder a ella es necesario atravesar pasos angostos y salvar un desnivel relativamente importante»¹.

Pero lo insólito del enterramiento no terminaba en el entorno: había otros elementos diseminados que aumentaban el misterio de la inhumación...

- Lo siguiente que nos extrañó —continuó José Ángel— es que no localizábamos los cráneos de los trece individuos. Más tarde nos dimos cuenta de que los habían llevado a un lugar muy concreto de la cueva. Un lugar que hemos bautizado como la «galería de los cráneos».*

Atravesamos varios corredores oscuros hasta llegar al citado lugar; una especie de pasadizo aún más estrecho que se abría en paralelo a la gruta principal.

1 José Ángel Hierro Gárate, *La utilización sepulcral de las cuevas en época visigoda: Los casos de Las Penas, La Garma y el Portillo del Arenal (Cantabria)* (2011).



Planta y perfil de la cueva de Las Penas (a partir de Serna et alii, 2005).

—*Esta es la galería de los cráneos y aquí es donde aparecieron. Pero había algo más... Se habían tomado la molestia de recogerlos, traerlos aquí, fracturarlos y machacarlos con algo. Después los quemaron. Y junto a los cráneos aparecieron muchos restos de cereal también quemado.*

Lo sorprendente es que, según los análisis forenses de aquellos restos óseos, se determinó que los cráneos habían sido quemados una vez ya esqueletizados; es decir, aquellos trece hombres fueron enterrados en la cueva, y entre seis meses y un año después (el tiempo que tarda en descomponerse un cadáver) alguien volvió para separar las cabezas y proceder a machacarlas y quemarlas: «Los estudios han permitido conocer mejor las características del extraño comportamiento detectado en relación con la cabeza de los inhumados: los cráneos de todos los individuos, en un momento en el que ya estaban esqueletizados y, por tanto, posterior al del depósito, fueron agrupados en el pequeño divertículo lateral del fondo de la galería principal, fracturados y sometidos a la acción del fuego»².

2 Ibid.

Continuamos andando hacia la galería principal, lugar donde se encontraba una montaña de piedras, como si se hubiera producido un derrumbe. Entre ellas dormía un murciélago que empezó a revolotear inquieto ante los haces de luz de nuestros fotóforos.

—Estos son los restos de un muro, lo que parece un muro de piedra colocada en seco, que debió de servir para sellar el acceso desde fuera hacia la zona sepulcral.

—Es decir —pregunté mientras tomaba nota de cada detalle—, después de introducir trece cadáveres, regresar meses después para separarles los cráneos y quemarlos y enterrar los restos en un lugar separado del cuerpo, ¿construyeron un muro? ¿Quizá para evitar que alguien entrara a profanar su descanso?

Pero la respuesta que llegó, en boca de un reputado arqueólogo, provocó en mí un escalofrío que me sacudió de pies a cabeza.

—En realidad cabe otra posibilidad: que la comunidad sellara el acceso para impedir que alguien saliera...

Descenso a Riocueva

Esa misma tarde nos adentramos en otra cueva que presentaba enterramientos similares: Riocueva, en la localidad cántabra de Entrambasaguas. Esta vez fue el arqueólogo Enrique Gutiérrez quien ejerció de anfitrión en la penumbra de esta oquedad de más fácil acceso que la anterior, aunque había que atravesar una gatera de tan escasos centímetros de ancho que solo una persona en forma podía hacerlo.

Allí, hace más de 1.300 años, alguien enterró a entre cuatro y doce individuos. Una vez más, les arrancaron las cabezas para después machacarlas y dejar los restos esparcidos en otra zona apartada. En la penumbra, la voz de Enrique rompió el silencio.

—Lo que encontramos en este caso es que los cadáveres aquí depositados fueron desmembrados y después quemados. Lo extraño es que también aparecieron cereales quemados.

—¿Todo en esta misma zona?

—No. Parece que de nuevo se han utilizado diferentes áreas de la cueva para realizar distintas actividades con función funeraria: los cadáveres se depositaron en un sitio y seguramente se retiraron los huesos para ser quemados en otro lugar.

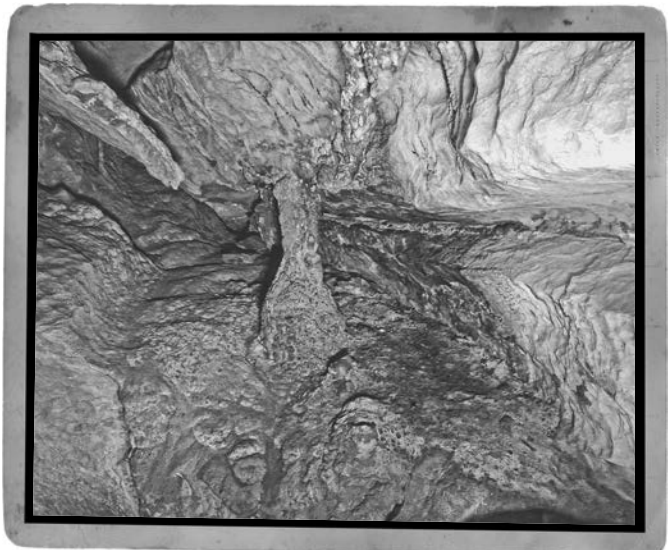
Sorprende que este tipo de ritos no solo se ha llevado a cabo en dos cuevas, sino en otras de la cornisa cantábrica como La Garma o Cudón.

—¿Cuál es tu conclusión sobre estas prácticas funerarias?

—Lo cierto es que este tipo de enterramientos no son nada habituales en la época. El que hayan regresado incluso para machacar y quemar los restos nos muestra un comportamiento necrofóbico. Un miedo evidente al difunto. Creo que es una clara intención de alejamiento y destrucción post mortem. Una forma de evitar que el muerto moleste al vivo... Los llamamos *revenants*, un término francés para referirse a los hombres que, una vez muertos, generaban terror en la comunidad.

—*Revenants*... Los que regresan —dije asintiendo en la húmeda gruta.

—Los que regresan —confirmó Roberto Ontañón.



En Riocueva también se procedió a la quema de huesos de los cadáveres allí enterrados.

Un terror ancestral

Al llegar al Hotel Bahía, en Santander, decidí darme una larga ducha para poner en orden todas aquellas ideas. Al quitarme las botas vi caer los restos de cuatro arañas muertas que había llevado conmigo desde el descenso a Las Penas. Las envolví en papel higiénico y con pocos remilgos las tiré por el retrete. Después de cenar en un restaurante de la calle Magallanes, regresé al hotel y dispuse todo el material que había llevado conmigo sobre el escritorio de madera negra. Lo primero que hice fue revisar un gran clásico de la literatura de fantasmas y retornados: la crónica del prestigioso monje benedictino Agustín Calmet sobre vampiros y fantasmas, publicada con gran éxito en 1746³ y que data los primeros casos de apariciones de revenants en el siglo XII.

Otro de los primeros casos documentados⁴ aparece en las crónicas de William of Newburgh, donde se documentan la coronación del rey de Inglaterra, la paz entre provincias británicas o la trágica muerte del duque de Austria. Pero, inesperadamente, en el capítulo 23 del libro V de su *Historia Rerum Anglicarum*, surge una extraña historia:

En la desembocadura del río Tweed, y en la jurisdicción del rey de Escocia, hay una noble ciudad llamada Berwick. En ella un hombre muy rico, pero, como se vio después, muy deshonesto, habiendo sido enterrado, después de muerto salió de su tumba por la noche (se cree que por obra de Satán) y anduvo de acá para allá, seguido por una manada de perros aullando, provocando así un gran terror entre los vecinos y regresando a su tumba antes del amanecer. Después de que esa situación continuara varios días y nadie se atreviera a estar en la calle después de anochecer —pues todos temían encontrarse con este monstruo mortífero—, las clases altas y medias del pueblo abrieron una

3 Agustín Calmet, *Dissertations sur les apparitions des anges, des démons & des esprits et sur les revenans et vampires de Hongrie, de Bohême, de Moravie & de Silesie* (1746).

4 G. David Keyworth, *Was the Vampire of the Eighteenth Century a Unique Type of Undead-corpse?* (2010).

investigación acerca de qué era necesario hacer. Los más ingenuos de entre ellos temían que, en caso de no hacer nada, serían destruidos por este prodigio de la tumba. Y los más sabios sagazmente concluyeron que, de no tomar medidas, la atmósfera, infectada y corrompida por la acción del cadáver pestífero, engendraría y extendería la enfermedad y la muerte, ya que había numerosos ejemplos de casos similares en los que fue necesario hacerlo. Entonces reclutaron a diez jóvenes de audacia reconocida y los enviaron a desenterrar el horrible cadáver, que cortaron en trocitos y convirtieron en alimento para las llamas. Cuando se hizo esto, la conmovición cesó. Se ha señalado que el monstruo, mientras estaba manejado por Satán, como se ha dicho, había comentado a algunas personas con las que se había encontrado por casualidad que los vecinos no tendrían paz hasta que él no fuese quemado. Tras hacerlo pareció que recuperaron la tranquilidad, pero una pestilencia que había surgido por su culpa acabó con la mayor parte de ellos⁵.

Sorprende ver cómo en estas primeras crónicas escritas surge el fuego como elemento purificador para acabar con el retornado, al igual que ya aparece en los análisis forenses de los cuerpos de Las Penas, enterrados seis siglos antes de la aparición de estas crónicas.

En dichos textos, los retornados no son representados como fantasmas, sino más bien como una mezcla entre lo que hoy conocemos como un vampiro y un zombi. En algunos documentos, incluso, se habla de sanguijuelas que se llenaban de la sangre de sus víctimas.

El terror al regreso del difunto llegó a ser tal que algunas aldeas europeas quedaron abandonadas por estos sucesos. Según las crónicas de Geoffrey of Burton⁶, también en el siglo XII, los habitantes de Drakelaw (Escocia) denunciaron que cada noche dos vecinos del pueblo recién enterrados salían de sus tumbas arrastrando sus ataúdes e iban casa por casa llamando a las puertas, ante el pánico

5 William of Newburgh, *Historia Rerum Anglicarum* (s. XII).

6 Geoffrey of Burton, *Life and Miracles of Virgin Saint Modwenna* (s. XII).

de la población. El suceso coincidió con la muerte en extrañas circunstancias de varios residentes, como si una terrible plaga acabara de despertar. Aquellas buenas gentes, creyendo que los revenants estaban llevándose a sus familiares al Otro Mundo, pidieron a dos gallardos miembros del pueblo que acabaran con tamaña sangría. Así que una noche los dos valientes acudieron al cementerio local y desenterraron a los supuestos culpables de aquella desgracia. Lo que encontraron les estremeció hasta la médula: los dos cadáveres se encontraban frescos e intactos, y los sudarios de lino de sus rostros estaban cubiertos de sangre. Sin pensarlo dos veces, aterrados por un posible despertar repentino de los muertos, los dos vecinos cargaron sus hachas a la espalda y cortaron sus cabezas. Cuando consiguieron separarlas del cuerpo las colocaron entre las piernas de los difuntos y, finalmente, prendieron fuego a los ataúdes. Desde entonces terminó la oleada de muertes y el pueblo de Drakelaw quedó abandonado durante largos años.

Continué leyendo relatos hasta bien entrada la madrugada. Para mi sorpresa, todas aquellas crónicas eran medievales y posteriores, lo que dotaba de mayor importancia a la historia de los enterrados como revenants en cuevas españolas.

Sin embargo, parecía que el hallazgo había sido ensombrecido por tratarse de un rito de origen desconocido, aún sin catalogar en los libros de historia. Un fenómeno que el prestigioso arqueólogo británico Ralph Merrifield había bautizado como «Ritualfobia»⁷: el reparo de la comunidad científica a publicar estudios relacionados con magia, superstición y folclore.

Aún estaba anotando ideas clave en mi cuaderno cuando el cansancio acumulado llegó sin avisar. Durante casi cuatro horas dormí sobre apuntes, libros y fotocopias de antiquísimos tratados medievales, donde surgían seres de aspecto cadavérico que recorrían en soledad los viejos pueblos abandonados por su aterradora presencia.

7 Roberta Gilchrist: «Magic for the dead? The Archeology of Magic in Later Medieval Burials» (*Medieval Archeology*, 52, 2008).

Mi encuentro con los revenants

Cuando me desperté, ya por la mañana, tenía el cuello dolorido por tan extraña postura.

Desayuné un café rápido acompañado por una aspirina y cogí el coche. En un despacho de las oficinas del Museo de Prehistoria y Arqueología de Santander me esperaba la antropóloga forense Silvia Carnicero, quien había sido la encargada de elaborar el estudio forense de los restos óseos hallados en las cuevas de Las Penas y Riocueva. Quería saber todos los detalles de aquellos huesos y qué conclusiones había arrojado su pormenorizado análisis.

Ya en el interior del museo, situado en la avenida de los Castros, me esperaba Roberto Ontañón, que ejerció de cicerone por las instalaciones, para terminar en un amplio despacho situado al final del edificio. Allí, una joven vestida con bata blanca disponía cientos de huesos sobre la mesa. Hurgaba en el interior de grandes cajas e iba sacando pequeñas bolsas llenas de restos óseos. De una de ellas surgió algo similar a una roca de pizarra hecha trizas. De otra surgió un cráneo, y luego su dentadura. Después sacó un fémur y, al final, varias vértebras. La mujer, concentrada en su labor, acabó reparando en mí.

—*¿Javier?*

—*Silvia, ¿verdad?*

—*Encantada de saludarte. Disculpa, me has pillado aún colocando todo.*

—*No te preocupes, no tengo prisa —dije acercándome a la larga mesa que ocupaba la zona central de la amplia y luminosa sala, donde la doctora seguía colocando los restos óseos—. Así que estos son los revenants...*

—*Eso podríamos decir. En la cueva de Las Penas había trece individuos. Aquí he sacado las cosas más particulares, para que veas lo que nos llamó la atención en nuestro estudio. De hecho, hay algo muy curioso.*

En ese momento Silvia introdujo la mano en la última caja y sacó una bolsa de muy pequeñas dimensiones. Del interior surgieron hue-

secillos tan pequeños como los de un pájaro, y fue disponiéndolos en orden sobre la mesa, hasta formar un diminuto cuerpo humano.

—*Estos serían los restos esqueléticos más llamativos: los huesos de un feto de en torno a treinta semanas de gestación.*

—*¿También víctima del rito? —dije observando con detalle la pequeña forma.*

—*Puede que muriera dentro de la madre o, quizá, si fueron enterrados vivos, esta pudo dar a luz en el interior de la cueva.*

—*Menudo horror...*

—*Hay otras cosas llamativas. Por ejemplo, en el estudio descubrimos que sobre estos muertos se actuó en dos tiempos. En un primer momento se enterraron, se depositaron los cuerpos de los fallecidos, y un tiempo después, cuando ya estaban esqueletizados, quizá cerca de un año, acudieron de nuevo a la zona, recogieron sobre todo los cráneos, aunque también otros huesos, los llevaron a otra zona de la cueva y allí los fragmentaron intencionalmente y los quemaron en una hoguera.*



Entre los huesos hallados en la cueva de Las Penas aparecieron los restos de un feto de treinta semanas de gestación.

Se abrían entonces diversas posibilidades a las que los investigadores no conseguían dar respuesta. ¿Es posible que los enterraran vivos en la cueva, los dejaran morir allí y regresaran después a realizar estos ritos? ¿O quizá los enterraron ya muertos y, creyendo que los difuntos seguían molestando a los vivos, regresaron para tomar medidas más efectivas?

- ¿Murieron de forma traumática o fue una muerte natural?
- Es improbable que se trate de muerte natural, pues la mayoría eran subadultos o adultos muy jóvenes. En definitiva, que no llegaban a superar los treinta años de edad.
- Entonces, ¿pudiste encontrar alguna marca que explicara el motivo de las muertes?
- Es complicado, porque hay pocas cosas que dejen marca en los huesos. Lo que sabemos es que en estos individuos no hay huellas de una muerte violenta que dejase algún tipo de señal. Aunque pudieron morir degollados, o por algún tipo de apuñalamiento, y nosotros no verlo, pero por el tipo de enterramiento no parece lo más común.

¿Algún tipo de apuñalamiento? Claro, un estacazo al corazón no dejaría marca. Un rito que, por cierto, se practicaba habitualmente en algunos pueblos de la Europa del Este para evitar el regreso de un difunto molesto. A veces, todavía hoy, como pude comprobar en algunos cementerios de regiones del interior de Rumanía.

Otra posible teoría sería una epidemia fulminante. Bien es cierto que la creencia en el retorno del no muerto iba muchas veces asociada a una epidemia mortal. De ahí surge la relación de Nosferatu con las ratas o de Drácula con el murciélago; en definitiva, animales portadores de enfermedades como la peste o la rabia.

Y es que en muchas crónicas ya citadas, junto a la acción maligna del retornado aparecía la muerte masiva de sus convecinos. Quizá por eso creían en un acto maligno del Más Allá, porque con el óbito del primer infectado surgía el resto de muertes en aquella época inexplicables. Así que, sin saberlo, al alejar al «paciente cero» y quemarlo, estaban aislando el virus. Ahora mismo se están llevando a cabo algunos estudios universitarios al respecto. Por ejemplo, las investigaciones de

la doctora Lesley Gregoricka, de la Universidad de Alabama del Sur, que relacionan la consolidación de la creencia en vampiros en Europa del Este con una terrible epidemia de cólera en los siglos XVII y XVIII⁸.

El enigma de las sepulturas anómalas

Lo sorprendente es que en el caso de las cuevas de Cantabria hay elementos que se repiten en diferentes épocas y culturas a lo largo de la historia. Algunas de ellas creían que la fuerza vital estaba en la cabeza, de forma que machacar un cráneo es un ejercicio típico para evitar el retorno a la vida. Según los autores Paul Barber⁹ y Nancy Caciola¹⁰, para evitar el regreso del difunto las culturas separaban su cabeza del cuerpo y la enterraban en otro lugar, o la colocaban sobre sus piernas. En casos más extremos, se machacaba con una piedra, una costumbre habitual en la antigua Krajina (Croacia). Lo mismo ocurrió en algunas necrópolis como la de Modrá¹¹ o Na Týnici¹², en la República Checa, como han demostrado recientes hallazgos. Y es que la cabeza tenía un valor tan fundamental que en la cultura romana, si un cadáver acababa siendo enterrado en varias tumbas, solo adquiría valor sacro aquella en la que se depositaba el cráneo¹³.

Si nos retrotraemos a la antigua Roma, también aparecen los «muertos no muertos»: los que regresaban del Más Allá causando el espanto de los vivos, que tenían que tomar medidas para evitar su retorno. Así, en España incluso han aparecido lo que algunos historiadores han

8 Syndia N. Bhanoo, «Where a Vampire Threat Hit Close to Home» (*The New York Times*, 1 de diciembre de 2014).

9 Paul Barber, «Vampires, Burial and Death», *Yale University Press*, julio de 1990.

10 Nancy Caciola, «Wraiths, Revenants, and Ritual in Medieval Culture», *Oxford University Press*, 4 de diciembre de 2011.

11 Martina Bilá, «Archeologists Discovered a Vampire Grave», *Czech News Story*, 4 de mayo de 2010.

12 Ivo Štefan e Ivan Krutina, «The Early Medieval Settlement, Mass Grave and Burial Grounds at Budeč (Na Týnici Site)», *Památky Archeologické C*, 2009.

13 J. Remesal, «Aspectos legales del mundo funerario romano» (*Espacio y usos funerarios en el Occidente Romano*, 2010).

bautizado como «sepulturas anómalas»¹⁴: hombres que fueron enterrados boca abajo, otros anclados a la tierra mediante grandes clavos y otros con la cabeza, una vez más, arrancada y colocada junto a las piernas¹⁵. En la aldea altomedieval catalana de Sant Miquel de la Vall apareció un esqueleto con el cráneo aplastado. Según Manuel Riu, uno de los investigadores, «se aplastó intencionadamente y se trató de inmovilizar el muerto en el subsuelo, como en un intento de inmovilizar asimismo su espíritu, de acuerdo con resabios paganizantes»¹⁶.

En la fosa número 10 de la necrópolis de San Pedro de Escobedo, en Cantabria, apareció un esqueleto con una gran piedra encajada en la boca (Fuente: CAEAP).



Si viajamos a la antigua Grecia también encontramos la figura de los *ataphoi*, *atelestoi*, *insepulti* o *aoroi*¹⁷, los muertos fuera de

14 Desiderio Vaquerizo, *Religiosidad, rituales y prácticas mágicas en los mosaicos romanos*, Creaciones Vincent Gabrielle, 2014.

15 *Ibid.*: «Enterramientos anómalos en la Hispania romana: los muertos molestos de la Bética», *Arqueología e Historia*, Universidad de Córdoba, octubre de 2012.

16 Manuel Riu, «Enterramientos infantiles frente a las puertas o en el subsuelo de las viviendas en la España medieval (siglos X al XIII)», *Arqueología e Historia*, Universidad de Córdoba, octubre de 2012.

17 Silvia Alfayé, *Sit Tibi Terra Gravis: Magical-religious Practices Against Restless Dead in the Ancient World*, Universidad de Óxford, 2009.

hora, especialmente temidos si los fallecidos eran niños de cortas edades (por lo general, en todas las culturas, el terror es aún mayor si el que retorna es un niño).

En dichas culturas también se machacaba la cabeza para acabar literalmente con la boca y los dientes, el arma con que el revenant atacaba a sus víctimas (elemento que se trasladó después al vampiro y más tarde al zombi). Y es que la creencia de que los muertos podían masticar duró hasta la época preindustrial, llegando a escribirse tratados sobre este asunto, como la *Disertación histórico-filosófica de los muertos que mastican*¹⁸ o *De los muertos que mastican en sus tumbas*¹⁹. Por eso en ocasiones se tomaban decisiones menos drásticas que la de cortar la cabeza, como colocar monedas, tierra, cerámica, piedras o libros en la boca del cadáver²⁰. Esto explica los curiosos hallazgos acontecidos recientemente en necrópolis como la de Kilteasheen, en Irlanda²¹, o la famosa vampira de Venecia²², que causó un auténtico quebradero de cabeza al equipo de antropólogos que localizó el entierro ritual. Finalmente llegaron a la conclusión de que aquella mujer había sido enterrada con una piedra en la boca en la isla del Lazareto Nuevo, tras ser acusada de alimentarse de cadáveres en el siglo XVI. Según Matteo Borrini, antropólogo de la Universidad de Florencia que participó en el estudio, estos vampiros llegaron a ser conocidos como «comedores de mortajas»²³, debido a que cuando no salían a alimentarse de los vivos se devoraban a sí mismos en sus tumbas o se alimentaban de otros cadáveres.

Lo más probable es que este tipo de enterramientos no fuera tan inusual como creemos; lo que ocurre es que al carecer de una explicación para tales inhumaciones, en muchos casos han pasado desapercibidas. Por ejemplo, hace unos años en la necrópolis de San

18 F. Rohr, *Dissertatio Historico-Philosophica De Masticatione Mortuorum*, 1679.

19 M. Ranft, *De Masticatione Mortuorum In Turulis*, 1728.

20 Paul Barber, *Vampires, Burial, and Death*, julio de 1990.

21 Pamela Owen, *Revealed, Ireland's real-life Zombie Scare: Eighth Century Skeletons Buried with Stones in Mouths*, septiembre de 2011.

22 Christine Dell'Amore, *Vampire of Venice Unmasked: Plague Victim & Witch?*, febrero de 2010.

23 Reuters: «Hallados los restos de una "vampira" en Venecia», 12 de marzo de 2009.

Pedro de Escobedo, en Cantabria, apareció un esqueleto con una gran piedra encajada en la boca²⁴ que los arqueólogos no supieron interpretar. Quizá estos nuevos estudios sirvan para dar respuesta al enigma de la fosa número 10 de San Pedro de Escobedo...

Hay un último elemento que llamó mi atención en la escena que los arqueólogos encontraron en las cuevas de Las Penas y Riocueva. ¿Qué pintaba allí el cereal quemado?

Indagando sobre este asunto llegué al *Penitencial de Silos*, de finales del siglo X, donde aparece una prohibición muy particular: «Si una mujer quemase granos donde hay un hombre muerto por la salud de los vivos, cumplirá un año de penitencia». Al parecer, se trataba de una costumbre de origen pagano para atraer el bienestar y alejar a los difuntos, que llegó a ser perseguida por la Iglesia entre los siglos VII y X como una costumbre mágica.

Así que todos los elementos parecían evidenciar que los particulares enterramientos de Cantabria eran, efectivamente, una forma de alejar a unos muertos que la comunidad de la época llegó a considerar peligrosos...

El fantasma del museo

Me despedí de Silvia Carnicero agradeciéndole haber compartido conmigo su tiempo y conocimiento y salí a la fría avenida junto a Roberto Ontañón.

Antes de volver a Madrid quería visitar el Museo de Prehistoria, situado bajo el Mercado del Este, en Santander, y Roberto se ofreció a hacer de guía.

Durante cerca de una hora observamos las enigmáticas estelas discoideas, broches de oro localizados en algunas cuevas o una reproducción del interior de la Garma, hasta que llegamos a una zona dedicada a grabados sobre hueso y madera.

24 Emilio Muñoz Fernández, *La excavación arqueológica de la necrópolis medieval de San Pedro de Escobedo*, Ayuntamiento de Camargo, 1997.

—*Mira, Javier, esta te va a gustar...*

Me acerqué a la vitrina frente a la que se encontraba Roberto, donde se exponía una pequeña falange de animal grabada con unos trazos escasos pero suficientes para mostrar la cabeza perfecta de un uro. En la parte posterior del lomo aparece una flecha clavada, como si el mamífero, ya cazado, estuviera debatiéndose entre la vida y la muerte.

Pero bajo esa escena aparentemente cotidiana aparece algo que todavía hoy los expertos no han sabido descifrar. Una pequeña cabeza ovalada, perfectamente delimitada, que solo muestra dos ojos diminutos con forma triangular y que se funde con el entorno en la parte inferior. Un elemento que parece flotar junto al animal. Un fantasma... No dije nada, pero Roberto sabía lo que estaba pensando y se adelantó a mí:

—*Un fantasma —dijo sonriendo.*

—*Desde luego, lo parece... El fantasma clásico, como la arquetípica sábana con agujeros.*

—*Así aparece descrita —dijo señalando el escueto letrero que explicaba la escena.*

Sorprendido, apunté aquellas palabras en mi Moleskine:

FALANGE DE URO DECORADA

Pieza de gran calidad artística y técnica. De función enigmática, está perforada axialmente y decorada en sentido envolvente con la figura de un uro macho. La flecha clavada en la grupa y una figura fantasmagórica completan una composición que la vincula con el Pirineo francés.

Según pude leer más tarde, la falange fue descubierta el 20 de noviembre de 2003 en la galería inferior de La Garma²⁵. La posible

25 Roberto Ontañón: «Falange grabada de la galería inferior de La Garma: aportación al estudio del arte mobiliario del magdaleniense medio» (*Veleia*, 25-25 97-129, 2007-2008).

representación del fantasma tendría entre 8.000 y 15.000 años. Acribillé a preguntas al pobre Roberto, que aguantó estoicamente mi interrogatorio y me habló de los fantasmas del arte parietal en cuevas francesas como Les Combarelles, Marsoulas, Le Portel o Les Trois Frères y en arte mobiliario, como la plaqueta 168 de Gönnersdorf, donde aparece dibujada una figura de aspecto humanoide y cara redondeada con grandes ojos, junto a un caballo y dos aves.



Representación del uro y, debajo, la extraña figura fantasmagórica con más de 8.000 años de antigüedad.

Había decenas de representaciones similares en el arte paleolítico que suponían un auténtico enigma para quienes intentaban descifrarlas. No eran representaciones de humanos al uso (que tampoco son muy habituales); había ciertas rarezas que las diferenciaban. Pero la mayoría de las veces aparecían catalogadas como «antropomorfos», sin más, para no complicar demasiado el asunto.

El *shock* de toda esta información me acompañó durante el viaje de regreso a Madrid. No solo había ritos para evitar el regreso de los difuntos, sino que también había representaciones artísticas que casi nos acompañaban desde el propio nacimiento del arte.

El fantasma acompañando al hombre desde el inicio de la humanidad.

¿Y cómo había evolucionado hasta hoy? ¿Tenía algo que ver la imagen actual con la concepción inicial? ¿Qué sentido había en la representación del espíritu que flota con una sábana? ¿Y en el arrastrar

de cadenas? ¿Y si toda la concepción gótica del aparecido tuviera un sentido muy anterior?

Me prometí intentar dar respuesta a todas esas preguntas. Quizá así encontraría una gran clave para entender a los testigos que todavía hoy aseguran haberse encontrado con «los otros».

Pero antes tenía pendiente una cita con Jesús Reiriz Rey, un prestigioso escritor de La Coruña que aseguraba haber tenido un encuentro reciente con un viejo amigo. Lo particular de su experiencia es que el amigo llevaba dos meses muerto.